

Este capítulo forma parte del libro:

Trayectorias universitarias (1973-2023) Experiencias docentes y administrativas en la Universidad Autónoma de Aguascalientes

**Marcela López Arellano
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2025

Páginas: 244 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-49-5

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAU/978-607-2638-49-5>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

MI EXPERIENCIA COMO MUJER EN LA UAA: AGRADECIMIENTOS Y ANHELOS

Yolanda Padilla Rangel

Agradecer es un acto de humildad, puesto que significa reconocer lo que hemos recibido de alguien. En este caso, me enfocaré en lo que he recibido de la Universidad Autónoma de Aguascalientes desde mi perspectiva de mujer (a veces feminista), porque como historiadora observo que las universidades, a partir de su origen en la Edad Media, fueron un constructo masculino, el cual se ha ido feminizando con mucho trabajo, sobre todo hasta bien entrado el siglo xx, entonces desde allí parto.

Motivos que tengo para agradecer a la UAA

1. Cuando era jovencita, me ofreció un espacio de aprendizaje y socialización, ya que estudié en el bachillerato de la UAA y allí adquirí muchos conocimientos académicos por los cuales estoy agradecida, pero también participé en un equipo de natación, en un grupo de música y, sobre todo, allí conocí

a algunas de mis mejores amigas, como Yolanda Villanueva, y, en el grupo de música, conocí a mi esposo Salvador Camacho Sandoval, con el cual tuve una hija, Sofía, y un hijo, Adán, después un yerno y una nuera, Phil y Rebe, y posteriormente una nieta, Luna, y un nieto, Lucas.

2. Me ofreció la posibilidad de estudiar una carrera larga (por entonces, a muchas mujeres se les recomendaba estudiar una carrera corta, para que se defendieran si les iba mal en el matrimonio). En ese momento yo quería ser científica, como *madame* Curie, y estudiar fuera de Aguascalientes la carrera de Biología, en Monterrey, y mis padres estaban a punto de apoyarme (en esos tiempos eran excepciones las mujeres que estudiaban fuera), pero, en eso, se abrió la carrera de Biología en la UAA y mi papá me dijo: “¿Para qué vas a estudiar fuera si aquí hay la carrera que quieres?”. Él tenía razón, aunque, por otra parte, fue una desilusión, porque sí hubiera querido estudiar fuera, para conocer otros ambientes y experimentar en parte la independencia personal. Estuve en Biología sólo un semestre, porque me di cuenta de que al ir a la biblioteca a hacer mis tareas, terminaba siempre leyendo cosas de humanidades. En la universidad no había todavía carreras humanísticas, pero me llamaban la atención los estudiantes de Sociología, por su aspecto *hippie* y rebelde. De manera que pronto me cambié a la licenciatura en Investigación Educativa, porque tenía un área de Enseñanza de la Biología, pues yo creí que con esa carrera quedarían satisfechas mis ganas de ser científica con mi gusto por las humanidades. En Investigación Educativa estuve contenta, y hasta la fecha, las personas que fueron mis profesores/as: Margarita Zorrilla (q. e. p. d.), Bonifacio Barba, Felipe Martínez, Genaro Zalpa, y también mis compañeros/as, terminaron siendo amigos y amigas de toda la vida.

Algo importante en esta época fue el grupo interdisciplinario, en el cual hice mi servicio social en la comunidad de Paso Blanco, Jesús María. Ese grupo fue coordinado (a

manera de experimento) por Amador Gutiérrez Gallo y Jesús de Anda Muñoz, en él había biólogos, arquitectos, sociólogos y educadores, una agrupación que me dejó también amistades de toda la vida. La universidad me dio conciencia y compromiso social, por lo que tuve una etapa de activista en causas sociales, y también me involucré activamente como secretaria general de la Federación de Estudiantes de la UAA. Terminando mi carrera trabajé en el Archivo Histórico del Estado, catalogando el Fondo Educación. Esto despertó mi gusto por la historia, por lo que me fui a estudiar una maestría a la Ciudad de México y posteriormente un doctorado al Colegio de Michoacán en Zamora, allí me especialicé en la disciplina de Historia Social.

3. Darme trabajo. Casi al terminar el doctorado, un día llegó a mi casa uno de mis antiguos profesores de la carrera de educación, Bonifacio Barba, a llevarle unos papeles a Chava, pues era su colega en la universidad. Él sabía que ya casi me titulaba del doctorado y me preguntó cuáles eran mis planes, le dije que me gustaría trabajar como profesora e investigadora en la universidad; me respondió que pronto se abrirían unas plazas PROMEP, que estuviera atenta, porque el concurso para esas plazas saldría anunciado oficialmente la semana siguiente en los diarios locales. “¿Plazas qué?”, le pregunté, “Plazas PROMEP”, me dijo, “tiene nombre de anticonceptivo, no se te olvidará”. Tenía razón, no se me olvidó. Busqué la convocatoria y había una plaza para Historia, misma que concursé y gané. Así comenzó mi carrera académica en la UAA, era el año 1998. Allí comencé mi trayectoria formal en la institución. Durante todo el tiempo que trabajé en la UAA, siempre experimenté un ambiente de libertad de docencia y de investigación, lo cual es también de agradecer. Casi nunca sentí discriminación por ser mujer, aunque sí reconocí muchas veces la cultura institucional masculina (a veces machista) en la que me desarrollaba.



Mi primera credencial como trabajadora de la UAA. Archivo personal de Yolanda Padilla Rangel (en adelante APYPR).

4. Un campus hermosamente verde y un ambiente de estudio, libertad y crítica. Cuando mi amigo, el historiador Mauricio Tenorio –que trabaja en la Universidad de Chicago–, me preguntó cómo era la UAA, le contesté, para que me entendiera, que tenía un campus como el de Berkeley y un nivel como el de Oxford. Lo cierto es que, cuando ingresé a la UAA, me sentía muy feliz al caminar por su campus central, lleno de árboles, con grandes extensiones de pasto, eventuales ardillas, muchos pajaritos, notable limpieza y un ambiente, digamos, tranquilo. Pero no sólo era eso, el ambiente de estudio, libertad, crítica y tolerancia me hizo sentir como en mi casa, y esto hizo también que, siempre que visitaba, o que visite todavía en la actualidad, cualquier otro campus universitario, me sienta como en mi casa.



Campus central de la UAA. Foto tomada por mí en septiembre de 2023. Fuente: APYPR.

5. Un espacio para cultivar la sororidad con mis colegas. Siempre que el aire político se enrarecía o que las exigencias de la academia neoliberal se endurecían, busqué refugio en mis colegas, particularmente de otros departamentos, porque en Historia los profesores e investigadores mayormente eran varones, entonces fue en los departamentos de Educación, Sociología, Comunicación y Trabajo Social en los que encontré colegas con las cuales tejer lazos de apoyo y hermandad, como por ejemplo, Laura Padilla, Silvia Bénard, Rebe Padilla, Gaby Ruiz, Consuelo Meza, Eugenia Patiño, Tere Ortiz. Y esto también me despertó (además de razones epistemológicas) el anhelo de interdisciplinariedad.
6. Apoyo para salir a realizar estancias de investigación. Por los mismos motivos, busqué salir a realizar estancias en el extranjero y, para lograrlo, encontré apoyo en autoridades, como los rectores Antonio Ávila Storer y Rafael Urzúa, así como entre mis colegas: Alfredo López, Víctor González, Andrés Reyes.
7. Con mis estudiantes, muy queridas todas, encontré eco en mis intereses últimos de investigación, por ejemplo, en el campo de historia de mujeres, que es pertinente mencionar

- aquí: con Marcela López Arellano, en el tema de biografía de mujeres intelectuales y maestras; con Lupita Contreras, en el tema de mujeres en la educación superior, estudiando ella la feminización de algunas carreras; también aquí encontré a Claudia Castellanos en el tema de cómo las mujeres terminaron sus carreras profesionales, a pesar de muchos obstáculos de género, y si no terminaban ellas, lograban sus objetivos de tener educación superior apoyando a sus hijas. En el tema de historia del feminismo, allí estuvo Susy Valdez.
8. Por último, hay que mencionar la libertad de publicación y el apoyo en la divulgación de mis libros, todos en el ámbito de la historia y las ciencias sociales. En este punto, el apoyo del Departamento Editorial ha sido invaluable, pues la mayoría de mis libros tienen el sello editorial de la UAA, y de este departamento tengo que agradecer a Martha Esparza y a su equipo. Por todos estos motivos, gracias, querida UAA.

Mis últimos años en la UAA los pasé en los posgrados del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, también en la licenciatura de Arte y Gestión Cultural. Pero mis últimos tiempos allí estuvieron atravesados por la pandemia de covid-2019. A raíz del peligro de contagio de esta enfermedad, comenzamos a dar clases en línea en el 2020, y para mis ojos, el trabajo frente a la pantalla terminó siendo agotador. En 2021, decidí jubilarme. La última clase que di fue Historia de las Religiones, en la licenciatura en Arte y Gestión Cultural.



Una de las últimas clases de Historia de las Religiones en 2020, en la cual tuve como invitada a la licenciada en Sociología María Teresa Macías Díaz Infante, quien, en su participación, analizó algunos aspectos de la religión rarámuri. La foto fue tomada por una estudiante. APYPR.

Algunos anhelos que tengo respecto a la UAA

Después de haber trabajado en la UAA durante muchos años, me surgen algunos anhelos en lo que respecta a su presente y a su futuro. Primero, creo que sería bueno que la UAA tuviera una guardería para el profesorado y estudiantes que tengan hijos, pues es necesario que puedan desarrollar su formación y su vida profesional teniendo asegurado el cuidado de sus criaturas. Esta iniciativa fue presentada por la psicóloga Ma. Enriqueta Vega Ponce a principios del siglo XXI, cuando ella fue integrante del comité directivo de la Asociación de Catedráticos de la UAA, siendo una iniciativa que no prosperó. Sin embargo, creo que la iniciativa de fundar una guardería universitaria en estos tiempos tal vez sería más fácil, ya que, por primera vez, tenemos a una mujer rectora, lo cual significa que tal vez sea más sensible a esta necesidad (y significa también que ya se ha roto el techo de cristal que limitaba el ascenso de las mujeres a cargos directivos).

En segundo lugar, me surge el anhelo de un campus seguro, es decir, que esté libre de situaciones de hostigamiento sexual, aco-

so y todo tipo de violencia de género. Quiero que las estudiantes se sientan seguras en el campus y también fuera de él. En el año 2012, una estudiante del bachillerato de la UAA, de nombre Andrea Nohemí Chávez Galván, desapareció, y el desenlace final lamentablemente fue muy triste para toda la comunidad universitaria, pues ella fue víctima de feminicidio. El año 2020, el 8 de marzo, mis estudiantes mujeres me dijeron que no asistirían a clase, para respetar la fecha y conmemorar luchas feministas y manifestarse contra todo tipo de violencia de género. De mi parte, junto con las mujeres del Departamento de Historia, decidimos sí asistir a trabajar, pero, en vez de trabajar, acordamos realizar un sencillo acto para recordar a Andrea Nohemí y a todas las mujeres víctimas de feminicidio; esto lo hicimos escribiendo una lista de las víctimas, vistiendo de color morado y pasando la mañana leyendo informes sobre mujeres y violencia de género. Así que anhelo una universidad sin violencia de género. NO más feminicidios en la UAA y fuera de ella.



Círculo de estudio sobre violencia de género, recordando a las mujeres víctimas de feminicidio. De izquierda a derecha: Daniela Michel Briseño, Miriam Herrera, Yolanda Padilla, Gabriela Hernández, Lupita Contreras, Laura Olvera, Susana López y Stephany Segovia (de pie). Fotografía tomada por Andrés Reyes Rodríguez. APYPR.

En tercer lugar, también siento el anhelo de una universidad saludable, sobre todo en el ámbito de la salud mental, pues la pan-

demia dejó en estudiantes, y quizá también en el profesorado, una buena dosis de ansiedad y depresión; aunque esto ya se venía mostrando desde antes. Según mis cuentas, en vísperas de la pandemia y durante ella, hubo, tan sólo en el Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, cuatro suicidios de estudiantes, dos de la Maestría en Educación y dos en el Doctorado de Estudios Socioculturales. Además, hubo dos intentos de suicidio en la Maestría en Educación. En todos los casos se trataba de mujeres. Me tocó conocer a algunas de esas estudiantes, y realmente es muy triste sentir la impotencia ante la depresión y sus estragos, a veces irreversibles. Para mí, el anhelo sería que la comunidad universitaria se involucrara más en conseguir una universidad saludable para todas y todos.



Estudiantes de la universidad. Fotografía por Yolanda Padilla, septiembre de 2023. APYPR.

Como cuarto anhelo, me gustaría que la universidad destacara por un humanismo en femenino. La universidad es una institución en cuyo ideario se propuso, hace 50 años, el ideal del humanismo. Pero el humanismo clásico fue un constructo masculino, al igual que las universidades. Las mujeres tuvimos que emprender, durante todo el siglo XX, grandes luchas para acceder, permanecer y lograr éxito en las universidades del país (y del mundo). A las pioneras en estas luchas les tocó romper con estereotipos y sacrificar grandes cosas. A

pesar de esto, algunas mujeres no lograron acceder. Otras accedieron, pero muchas no lograron permanecer porque, durante buena parte del siglo XX, todavía estuvo vigente el peso cultural del mandato de género, que indicaba que las mujeres debían permanecer en sus casas y atender a sus maridos e hijos. No obstante, según varias tesis de posgrado que me tocó dirigir, pudimos observar que, históricamente, el acceso de las mujeres a la educación en general fue cambiando todo esto, y poco a poco las mujeres fueron accediendo a la educación superior; paulatinamente algunas carreras de la universidad se fueron feminizando y las mujeres fueron permaneciendo y egresando de la universidad. Incluso, algunas, que no lograron permanecer, lograron el acceso a la universidad a través de sus hijas, impulsándolas y apoyándolas. Con el tiempo, las mujeres también lograron éxito escolar, al grado de mostrar excelente rendimiento escolar y, más adelante, desempeño profesional. Las mujeres, finalmente, hemos conquistado la universidad, aunque siempre quedan retos por enfrentar. Y aunque el humanismo esté casi cumpliendo su ciclo histórico, es importante que el humanismo en femenino contemple equidad de género, ausencia de discriminación, visibilización y valoración del papel de las mujeres en la educación superior y en el ámbito de la generación del conocimiento científico.

Dos pequeños y últimos anhelos son: primero, que cambien la mascota de la universidad, pues el gallo es un animal que no representaría a las mujeres, quienes, a pesar de ser valientes, no tienen otras características de dicho animal; segundo, que en las actas de examen de grado de los posgrados se revise el lenguaje de género, pues están redactadas en masculino. En realidad, este anhelo se refiere al lenguaje que se habla en la universidad y, en general, que ha de ser inclusivo, ya que el lenguaje no sólo refleja la realidad de la que surge, sino que también crea realidad.

Fuentes de consulta

- Bénard, Silvia, Laura Padilla González y Yolanda Padilla. “Somos académicas privilegiadas, y aun así...”. *Astrolabio*, núm. 20 (2018): 256-275. <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n20.17704>
- Buquet, Ana, Jennifer A. Cooper, Araceli Mingo y Hortensia Moreno. *Intrusas en la universidad*. México: UNAM-Programa Universitario de Estudios de Género-Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2013.
- Cánovas, Célica. “Mujeres académicas en el ámbito universitario leonés en el fin de siglo”. Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad Autónoma Metropolitana, 2002.
- Castellanos, Claudia. “Género y educación superior. Trayectorias escolares de mujeres de dos generaciones en la Universidad Autónoma de Aguascalientes”. Tesis de doctorado en Estudios Socioculturales, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2017.
- Contreras, María Guadalupe. “Mujeres y educación superior: Feminización de matrícula, elección de carrera y trayectoria universitaria en la Universidad Autónoma de Aguascalientes”. Tesis de maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2015.
- Folbre, Nancy. *Who pays for the kids? Gender and the structures of constraint*. New York: Routledge, 1994.
- Kral, Karla. “Sobreviviendo al cáncer de mama en la academia. Una auto-etnografía feminista”. En *Salud y educación. Estudios sobre realidades plurales con perspectiva de género*, coordinado por Ma. Guadalupe Chávez Méndez, 99-127. Colima: Universidad de Colima, 2016.
- Mingo, Araceli. *¿Quién mordió la manzana? Sexo, origen social y desempeño en la universidad*. México: UNAM-PUEG-FCE, 2006.

- Moreno, Emilia. "La transmisión de los modelos sexistas en la escuela". En *El harén pedagógico: perspectiva de género en la organización escolar*, coordinado por Miguel Ángel Santos Guerra, 11-32. España: Gaos, 2000.
- Prasad, Ajnesh. "Playing the game and trying not to lose myself: A doctoral student's perspective on the institutional pressures for research output". *Organization* 20, núm. 6 (2014): 936-938.
- Sierra, Rosaura y Gisela Rodríguez. *Feminización de la matrícula de educación superior en América Latina y el Caribe*. México: IESALC/UNESCO, Unión de Universidades de América Latina, UDUAL, 2005.
- Tenorio, Mauricio. "O Campus, My Campus!". *Istor. Revista de Historia Internacional*, núm. 15 (2014): 20-45.
- Terán, Evangelina. *Memorias ancladas. Mujeres en la historia de la ciudad de Aguascalientes, 1940-1970*. México: Al Filo del Agua, 2005.